

**Antología de la poesía de**  
**Teixeira de Pascoaes**

**Selección, traducción e introducción de José Luis Cortizo Amaro**

Esta antología ha sido publicada en [www.jlcortizoamaro.es](http://www.jlcortizoamaro.es) el día 3 de diciembre de 2021.

Su autor autoriza su reproducción total o parcial con la condición de que se cite a Teixeira de Pascoaes como autor de los poemas, a José Luis Cortizo Amaro como traductor y [www.jlcortizoamaro.es](http://www.jlcortizoamaro.es) como fuente de la que se ha tomado la antología o parte de ella.

## Índice

Introducción: p. 4

### [Siempre](#)

La casa de la paz (fragmento): p. 6

Los montes (fragmento final): p. 8

Al crepúsculo: p. 9

### [Tierra prohibida](#)

¡Adiós!: p. 10

Elegía: p. 12

A una fuente que se secó: p. 14

Mi corazón: p. 15

Cosas viejas: p. 16

De los míos: p. 19

Alma mía: p. 22

### [Jesús y Pan](#)

[Blancas nubes del cielo, oh pechos criadores]: p. 27

Tercera declaración (fragmentos): p. 28

### [Hacia la luz](#)

[Me deleita sentir mi alma derramarse]: p. 30

A la aventura: p. 31

Una tragedia: p. 32

El hombre y otros seres: p. 34

Tinieblas (fragmento final): p. 35

Ascensión: p. 36

Los condenados: p. 39

El Bien y el Mal: p. 41

### [Vida etérea](#)

Nueva luz (parte III): p. 45

Elegía al amor: p. 46

La fuente: p. 55

Eternidad: p. 56

### [Las sombras](#)

La sombra del pasado (fragmentos): p. 57

Canción de una sombra: p. 60

Mis ojos y una piedra: p. 61

Una gota de lluvia: p. 62

Un ave y el poeta: p. 63

S. Francisco de Asís: p. 64

Elegías

Remordimientos: p. 65

Mi alegría: p. 66

Dos sombras: p. 67

Cantos indecisos

VIII [Oh, mi triste jardín, abandonado]: p. 68

XX [Oh, solitario pino desolado]: p. 69

XXIII [¿Para qué fue, Señor, que al mundo vine...?]: p. 70

XXXVI [Paisajes, cielos, luna, nubes, estrellas, lagos]: p. 71

XXXVIII [¿Quién te encendió, estrella solitaria...?]: p. 72

XCVI [La luna nace. Lejos, se yergue, altiva y triste]: p. 73

## Introducción

Cuando conocí gran parte de la poesía de Teixeira de Pascoaes me sorprendió que fuese tan poco conocida en España y lo escasas que eran las traducciones al español, y sentí un deseo de ayudar a remediar esa escasez. Lo empecé a hacer, en pequeña medida, con el libro «No sería quien soy», de cuya selección de citas fui responsable. En él Teixeira es el autor más citado, y la frase que le da título está tomada de uno de sus poemas. Pero no me pareció suficiente y ahora puedo presentar una antología de su poesía con la que me quedo más satisfecho. Hasta donde yo sé, la mayoría de los poemas incluidos en ella no han sido traducidos antes, o al menos traducidos y publicados en forma de libro.

Hay acuerdo general en que la saudade es el tema principal de la poesía de Teixeira. De hecho se le suele describir como el principal representante de una corriente poética portuguesa llamada «saudosismo». Otros elementos muy importantes en su poesía son la naturaleza y Dios, o ambas cosas unidas: Teixeira se refirió a algunos de estos elementos de su poesía con el término «panteísmo saudosista».

Mucha de la poesía de Teixeira es difícil de entender, o al menos me lo es a mí. Sin embargo, la que sí creo entender, o la que sí me emociona, me compensa con creces la anterior. Esta es, naturalmente, la que he podido y preferido traducir.

En la antología que presento hay poemas, o fragmentos, procedentes de ocho libros de poesía. Dos de estos se salen de los temas habituales de Teixeira de Pascoaes.

El primero es «Hacia la luz». Este libro lo escribió a raíz de la muerte de su hermano Antonio, que se suicidó cuando un profesor de derecho lo suspendió por segundo año consecutivo, lo cual le obligaría a volver a repetir curso. Teixeira creyó, como su hermano, que el suspenso era debido a diferencias en las ideas políticas de profesor y alumno, y por esa razón califica el suicidio de asesinato en un poema no incluido aquí, en el que se expresa con una rabia atípica en él. En «Hacia la luz» hay, seguramente por eso, varios poemas que podríamos llamar de «denuncia social», de los cuales he traducido uno, el titulado «Una tragedia». Otros poemas de este libro tienen temas más típicos de Teixeira.

El segundo libro, «Elegías», está inspirado por la muerte de un hijo pequeño de su hermana Miquelina, y casi todos sus poemas tienen relación con dicha muerte.

Teixeira de Pascoaes también escribió varios libros en prosa. Terminaré esta pequeña introducción con unas palabras tomadas de uno de ellos: «Hubo un instante en que las piedras y los montes me hablaron. Y quedé siendo ese instante».

## Libro **Siempre**

### **La casa de la paz** (fragmento)

Y *Aquella* que después de muerta aparecía,  
a la luz de la luna, en algún yermo otero...  
Entre todas las mozas de mi feligresía,  
fue la eterna belleza en cuerpo pasajero...  
El día en que murió,  
cuando salía el sol, anocheció.  
Se turbaron las cosas;  
y las aves volando, pesarosas,  
en el denso ramaje se ocultaban;  
temblaban los roquedos,  
las fuentes suspiraban;  
los pinares tenían gestos de sombra y miedo.  
Nocturno corredor,  
el viento enfurecido  
esparcía, en el mundo, el trágico gemido  
de su dolor...

Y también hay quien ve, junto a su sepultura,  
ciertas noches, posarse una secreta estrella...  
la cual es, siempre nueva, su hermosura  
de doncella,  
iluminando el cuerpo en que antaño fulgía.  
Y es el sonido ardiente —¡mirad!— de mi poesía,  
calentando su eterna y fría cama.

El sagrado dolor de la persona que ama,  
porque así Dios lo quiere,  
en los cielos revive si en el mundo se muere.  
Todo es eterno.  
La rosa marchitada en el invierno,  
adorna, en nuevos pétalos de luz,  
la frente de Jesús...  
Todo es digno de amor y de cariño,  
¡amadlo todo, amad!

¡Hombres, tened cuidado! Reparad...  
Tal vez sea el Señor aquel mendigo...

¡Cuánta cosa divina se desprecia!  
Ciegos, vamos andando en manos de la suerte.  
Aquello que parece inercia, sombra y muerte  
¡allá quizás es vida, amor, belleza!

¡Y el burrito del tiempo en que fui niño!  
Aún te veo, en cuerpo revivido,  
agitando tus largas orejas, obstinado,  
y dentro de tus ojos el dolor, asombrado...  
¡Y tu voz de sollozos que hace reír!  
¡Y el gesto de tu cola, el gesto heroico  
de sacudir!

Y te veo arrostrar, sereno, estoico,  
las furias de mi genio, la crueldad  
que es la risa, la flor de aquella edad...

¡Te veo aún al trote,  
por carreteras, sendas y caminos,  
bajo los golpes fieros del chicote!  
Pobre mártir, así crucificado,  
entre nubes de gloria  
y teorías místicas sobre los angelitos,  
subiste al Reino etéreo y sublimado.

Y, a la luz del naciente,  
aún te veo pastar alegremente,  
en los verdes prados de la memoria...  
En la paz del Señor vives sereno, allí...  
Y junto a ti,  
mi ser primaveral, todo de tierra en flor,  
se hizo presencia aciaga de dolor...  
Se volvió humano y serio;  
y sobre él descendió la noche del misterio.

## **Los montes** (fragmento final)

Montañas de mi tierra,  
cuando la luna llena venga desde la sierra,  
en tardes otoñales  
de nubloso crepúsculo profundo,  
en vosotras querré dormir la eternidad...  
Que vuestra hierba y vuestros robledales  
se alimenten de mí, de esta saudade  
que anduvo, en alma y carne, sobre el mundo.



## **Al crepúsculo**

Rezad, mis tristes labios, ¡sí, rezad!  
Es hora del enigma, es el momento  
en que muere la luz... Todo se va  
con ella ¡salvo nuestro pensamiento!

Por la flor olvidada y sin aliento,  
por el ala que vuela y luego cae;  
por el sol, por las nubes, por el viento,  
rezad, mis tristes labios, ¡sí, rezad!

Rezad por cuanto la muerte se lleva  
en horas de dolor, cuando la nueva  
noche muestra su rostro que estremece...

Y experimento un vago horror profundo.  
Una tristeza ya de fin del mundo,  
como si nunca más amaneciese.

## Libro **Tierra prohibida**

### **¡Adiós!**

¡Partir! Es el impulso del destino,  
aquella sombra negra, tras de mí...  
Un adiós me persigue desde niño;  
para decir adiós veo que nací.

El adiós que yo soy se va encarnando  
en formas de mi propio padecer...  
¡Desgreñadas figuras, sollozando,  
dicen adiós, de lejos, en mi ser!

¡Adiós! El carro huye. El sol desmaya...  
Algún gesto; un pañuelo tiembla, al viento...  
Después, la tarde agreste que se explaya  
en ondas de un amargo sentimiento.

Mi aldea se confunde ya con una  
sombria nube, allá en los horizontes...  
Y de ella se me acerca a hablar la luna,  
cuya luz oscurecen yermos montes.

Y observo tu figura inmaculada,  
como en blanda y sutil pena esculpida;  
de tan suave y distante, es ya sagrada  
ante mi alma, de lágrimas henchida.

Te veo por tus campos, divagar  
cantando aquella trágica elegía  
de quien, solo, de noche, ante el hogar,  
en vez de fuego ve ceniza fría...

Y las aves, a las que la ternura  
etéreas alas da, por el espacio,  
oyendo tus cantares de amargura,  
muertas, han de caer en tu regazo.

Te veo cuando sufro... es mi dolor  
la imagen de tu rostro renacida.  
Sufrir es ser contigo, eterna Flor,  
que diste a mi disgusto eterna vida.

Ahora viviré de todo cuanto  
difiere de tu angélica presencia;  
eso que, en tu persona, es ya mi canto  
y en lágrima divina se condensa.

Por aquí, Amor mío, iré viviendo  
de sombras que tu forma, en mí, dejó,  
cuando te dije adiós y el sol, muriendo,  
en tus ojos –¡tan negros!– se quedó.

Viviré de una eterna Despedida,  
por ese mundo, en manos de la suerte;  
¡lejos de ti, que sé que eres mi vida,  
cerca de mí, que sé que soy mi muerte!

## Elegía

Divago en yermo monte;  
la noche se avecina;  
alas negras de agüero  
se elevan, misteriosas...  
Resuena, en áurea voz,  
por entre la neblina,  
aquel adiós que el sol,  
muriendo, da a las cosas...

En la calma espectral,  
oscura flor naciendo,  
mi ser crece y se alarga  
y se abraza a mi infancia;  
y besa, deslumbrado,  
la estrella que, sonriendo,  
pone una luminosa  
señal en la Distancia.

Solo y absorto en mí,  
divago, meditando  
en la pena que al mundo  
me trajo... ¡y en lo triste  
que es mirar tu perfecta  
imagen, palpitando  
en la flor, seca ya,  
de todo cuanto existe!

Y siento que me ahoga  
la lágrima que soy,  
encendida por dentro,  
que refleja la estrella  
en que tu corazón  
antaño se abrasó,  
cuando se volvió sombra  
tu cuerpo de doncella.

Contigo va mi alma  
enamorada... y canta  
si, en horas de crepúsculo,  
vuela con palidez  
un canto de saudade  
lejana, que una vez  
me quedó, sepultado  
y muerto, en la garganta...

## **A una fuente que se secó**

Con tus blandos murmullos acunaste  
el transcurrir de mis primeros días,  
y usando tus gemidos los contaste.  
Yo era, entonces, feliz y tú sufrías.

Mis dulces viejos árboles regaste,  
y mi jardín de Abril reverdecías...  
¡y cuando tú tus lagrimas lloraste,  
cómo el dolor que hoy sufro entenderías!

¡Pero todo cambió! Un largo estiaje,  
bebió, ardiendo en fiebre, tu caudal,  
versos de agua que cantaban mi imagen.

Sol duro que las fuentes evapora,  
llevando a Dios sus penas y su mal  
¡seca también los ojos de quien llora!

## **Mi corazón**

En tierra, una semilla que germina  
se abre al sol en sonrisas de verdura.  
Y el rayo de sol rojo que fulmina  
atraviesa una nube que es ternura.

Por una yerma y pálida colina,  
un hilo dulce de agua va en procura  
de alguna rosa angélica y divina,  
abandonada y muerta de segura.

También mi corazón pone buen celo  
en construir, cantando, un nuevo cielo.  
¡Nadie entiende su mística armonía!

Como lejana estrella desmayada  
que mal se ve en la bóveda azulada,  
pero que, en otro mundo, es luz del día.

## Cosas viejas

¡Sois mi pasado eterno,  
lugares de mi infancia, en los que yo jugaba!  
¡Mi jardín desolado  
durante el negro invierno!  
El viejo pino manso en el monte de enfrente.  
Este muro que estaba desplomándose, al lado  
del camino por donde, al frío viento, andaba,  
meditando en voz alta. Oh, mi querida fuente  
en donde el sol y yo matábamos la sed...  
desiertas salas con muertos en la pared;  
y a su lado, en sombra de tristeza,  
veo mi perfil humano...  
Sobre la vieja mesa  
una jarra que tuvo, en otro tiempo, flores...  
Veo el viejo piano,  
en silencio de notas misteriosas,  
de valeses extinguidos, de marchitos colores.  
¡Ay, las tablas del suelo, ya mohosas!  
Antiguos canapés y sillas de caoba  
donde creo aun ver, sentadas, conversando,  
criaturas que la Muerte fue llamando  
y que, en la tierra, son solo huesos, ahora.  
La tetera de estaño, el viejo armario;  
y a un lado del hogar,  
sagrado y venerable Santuario,  
la negra mecedora,  
la lámpara de aceite en síncope de luz...  
Dentro de la capilla, la imagen de Jesús  
a la claridad lívida de velas, extendida  
tan fría y afligida,  
sobre mí y en los blancos bordados del altar,  
bruñendo su oro viejo a las molduras,  
destacando a los santos de antiguas esculturas,  
a quienes mis abuelos no han vuelto ya a rezar.



Cosas que mi quebranto consagró  
y a que la luna añade más quebranto,  
sois el Pasado: un mundo que quedó  
sumergido en mis ojos, en su llanto.

¡Cuánto venero vuestra compañía,  
viejas imágenes que la memoria  
diviniza! Vosotras también formáis mi historia.  
En vosotras, enajenado, existo...  
En vosotras, mi angustia se extasía  
y se modela en formas reposadas,  
marmóreas, libres de alma, en luz lunar bañadas,  
como en la Cruz, después de muerto, Jesucristo.

¡Ah, todo cuanto soy de vosotras dimana!  
Vuestra pena, en mi ser, es pena humana;  
y en mí, suspira y llora...

Por eso, aldea mía, vivo entregado a ti;  
en tu seno me duermo como otrora,  
en la pequeña cuna en que nací.

También vivo entregado a los montes y pinos;  
a la luna serrana que gana nueva luz  
en tus fuentes, que cantan murmullos cristalinos,  
cuando las sombras hacen señales de la cruz.  
Entregado a las flores, también, de tu piedad,  
cuando mi soledad  
(virgen difusa y triste que se esfuma  
en las profundidades de mi ser)  
tan blanca y suave las quiere coger,  
en tardes otoñales, con sus manos de bruma.

Vivo solo conmigo y las nubes que vienen...  
ocasionos de dolor, melancolías,  
extintas alegrías,  
muertes que hubo en mi vida y me retienen...  
¡Quiméricas figuras que me hablan!

Otras, miran la tierra y, lívidas, se callan...  
Otras para mí tienen un sonreír eterno...  
Otras se me parecen al viento solitario  
rezando ante mi puerta las cuentas de un rosario  
¡que son las lágrimas del duro invierno!

¡Vivir entre fantasmas, qué delicia!  
Hay labios virginales posándose en mi rostro.  
Su contacto espectral es de íntima caricia,  
enviada por Dios a mi Disgusto;  
un disgusto que anima las noches dolorosas  
y las antiguas cosas;  
y que presencia viva, encarnación,  
le da a tu aparición,  
aquella Sombra etérea y sobrenatural  
que dejaste, al partir, sobre mi soledad.

Ante tus pies de luna, yo rezo y me conmuevo,  
y la luz de la aurora tiene un dorado nuevo.  
Las arboledas son ahora aún más bellas.  
¡Algo las diviniza y transfigura!  
¡Qué espíritu hace, ahora, resplandecer su imagen!  
¡Qué alegría de Dios cintila en las estrellas!  
¡Qué pesaroso velo de mística ternura  
tapa, al ponerse el sol, el rostro del paisaje!  
Parece que en él flota un dolorido encanto,  
que todo me deslumbra, todo me hace sufrir,  
porque tú, en estos sitios, no dejas de vivir,  
como, en secreto, vives en mi canto.

## De los míos

Toda de negro, hacia el anochecer,  
venía esta mujer,  
humilde, a visitarnos... ¡Dios sabe qué trabajos  
la pobre padeció,  
por ásperos atajos,  
cavados por la ruda  
labor de lluvia y viento, galopando!

Soltera a quien el tiempo oscuro dio  
el luto de la viuda,  
siempre sola y sombría, paseaba;  
y con discreta pena nos hablaba,  
con voz que se sumía, regresando  
al silencio profundo  
que deja, tras de sí, quien parte de este mundo.

O bien quedaba extática, soñando,  
sus ojos con dos lágrimas temblando...

Y bajaba al jardín a ver las flores...  
y nuestra casa y los alrededores,  
como quien con tristeza rememora  
cosas, seres, figuras muertas en la distancia...

Allí vivió ella otrora,  
en la vaga mañana de mi infancia.  
Su figura de sombra y de abandono,  
recorriendo el jardín, al otoño llamaba.  
La noche al fin llegaba,  
con la luna en el pecho, un blanco lirio abierto...  
Y entonces nos decía, apresurada, adiós.  
Se iba en el crepúsculo desierto,  
con la muerte ya próxima y con Dios.

Rezar, quitarse a sí por dar a los mendigos;  
llenar de rosas, de camelias, lirios,

el altar de la Virgen Dolorosa,  
cuando la luz sombría de los cirios  
sobrecoge en la iglesia silenciosa...  
Andar por los caminos  
y sendas, sola y seria,  
con timidez pisando la tierra muy amada.  
Para las brutas piedras ser ternura.  
Ser piedad y bondad, amor y luz,  
y en sus ojos tener crucificada  
la imagen del dolor y la miseria...  
Ser una sombra humana de Jesús.  
Ser, por fuera, vejez, fealdad oscura;  
por dentro, lirio místico del valle;  
mirad lo que ella fue, su vida transitoria;  
ved aquí su memoria,  
grabada en este libro sepulcral.

Un día de finales de este invierno,  
cuando el sol moribundo los pinares abrasa,  
y a los mendigos se les hielan manos y pies,  
llegó más pensativa a nuestra casa,  
¡trayendo ya, en el rostro, aquella palidez  
en que amanece el gran adiós eterno!

En sombría visión, revivo su figura  
triste y anochecida,  
ya de manchas de tierra revestida,  
como ocupando ya su sepultura.

¡Y su mirar doraba las desoladas cosas,  
que, insensibles y frías, ocultaban  
evocaciones gratas, memorias cariñosas,  
que por primera vez, con ella conversaban!  
Con calma visitó los cálidos lugares,  
añosos, familiares;  
recuerdos de alegría y de tristeza  
o de íntimo abandono:  
la terraza que da sobre el jardín; la fuente;

las sierras del Marón y la Abobreira, enfrente;  
aquel antiguo muro; y aquel árbol que reza,  
cerca de nuestra casa, a la luna de otoño.

Estuvo así, en un vago encantamiento...  
Embeleso del alma ya sintiendo  
la divina e inefable Suavidad...  
Concentración mortal, deslumbramiento  
crepuscular... ¡Espíritu sonriendo,  
muy cerca de la eterna Oscuridad!

Y después se alejó  
y nunca más volvió...  
Junto a la iglesia está su piedra sepulcral...  
Allí en otoño caen las hojas de un rosal;  
allí duerme soñando el viento montañés;  
allí vuelan los pájaros, cantando;  
allí queda la voz de los pobres, rezando;  
allí yace, callada, la sombra del ciprés.

## Alma mía

Cuando, en la tarde triste  
y pálida, imagino  
que es mío aquel dolor  
que el valle maceró,  
de mí tengo saudade,  
de otro que fui: un niño  
que, una vez, dijo adiós  
y nunca más volvió...  
Si recuerdo el Pasado,  
en nieblas ya deshecho,  
alguien que me entristece,  
en mí, solloza y llora.  
¡Yo, que fui muy feliz,  
contento y satisfecho,  
casi no me conozco  
y me siento otro, ahora!  
Todo es incierto y vario  
y todo se transforma.  
Todo sigue, en la vida,  
un misterioso rumbo...  
Un bello perfil es  
apenas una forma,  
al viento y bajo el Sol,  
modelándose en humo...  
¡Ningún día, Dios mío,  
sin su noche amanece!  
¿Quién puede sorprender  
el cuerpo de una flor?  
Todo, rápidamente,  
cambia o desaparece,  
¡solo vemos de todo  
apenas un fulgor!  
¡Pero invoqué tu nombre,  
aquí en este paisaje!  
Y, pronto, hasta mi infancia,  
alegre, regresé...

pues tú eres una estrella,  
a que llega la imagen  
de mi cuerpo de niño  
en que antaño habité.  
Pues tú eres para mí  
lo que es, para una abuela,  
la Santa venerada  
a quien, de noche, reza.  
Me recuerdas mi hogar,  
como un ave que vuela  
cuando la tarde mancha  
el Azul de tristeza.  
Pues tú eres para mí  
lo que, en un cementerio,  
es la luna cuando hace  
los muertos revivir.  
¡Ah, tú eres para mí  
lo que es, para un misterio,  
el alma que lo aclara  
a costa de sufrir!

Por ti, despierto y sueño  
y vuelvo a meditar...  
Y tú me convertiste  
en mi peor amigo.  
Mi grata soledad  
me la quieres robar,  
pues siempre que estoy solo  
me descubro contigo.  
Te adoro, como adora  
la tierra el mes de mayo.  
Como adora un roquedo  
el musgo que lo alfombra;  
como cruz de una tumba  
el dulce y buen desmayo  
que siente si el ciprés  
la cubre con su sombra.  
Te amo cuando el sol

llena de oro la escena,  
y ofreces al Ocaso  
tu perfil apenado...  
Allá, sobre la sierra,  
la triste luna llena  
da vaga transparencia  
al oscuro Pasado.  
Te amo incluso más,  
Reina de mi Poema,  
cuando el silencio inunda  
las sendas del jardín,  
y me aparece, lejos,  
la grandiosa diadema  
que cerca de esplendor  
tu rostro de marfil.

Y, por milagro, ¡ved!  
¡de repente me espanto!  
¡Qué repentina luz  
todo mi ser traspasa!  
Y se posa, en mi oído,  
etérea voz de encanto,  
y tu cuerpo de flor  
es un viento que pasa...  
¡Eres tú, eres tú!  
Yo sé bien que tú existes,  
que el alba y mi deseo  
te acicalan la frente.  
Que tus ojos azules  
besan mis ojos tristes,  
que están ciegos, palpando  
la sombra del poniente.  
Cuando lloraba, antaño,  
solo, en las heredades...  
y, desde una colina,  
veía amanecer;  
y, encantado, rezaba,  
al oír las Trinidades,



¡era porque sabía  
que habrías de nacer!  
Yo fui, pues, tu profeta,  
yo te anuncié la vida,  
en el tiempo en que todo  
está feliz, sonriendo...  
Yo era aún muy joven,  
y mi alma dolorida  
oía, en su interior,  
un sentido naciendo...

Y partí por el mundo,  
después, en triste hora.  
Mojado por mi llanto  
dejé tras mí mi infancia...  
En mí, la luz desmaya;  
en mí, la risa llora;  
y es mística saudade  
la niebla en la Distancia.  
Perseguido no sé  
por qué mal genio oscuro,  
me fui de tierra en tierra,  
al sol, la lluvia, el viento.  
Gocé, con amargura,  
ese placer impuro  
que, dentro de nosotros,  
nos mancha el pensamiento.  
Pero viniste, al fin,  
del Olimpo bajaste,  
con infinita luz  
que todo lo alumbró.  
Tú, que eres solo alma,  
en cuerpo, me trabaste.  
Fuiste viva y mortal  
criatura, como yo.  
En sitios de elegía,  
tú y yo solos, paseando,  
descubro tu perfil

de Virgen-Madre ideal.  
Y dan contra tus ojos  
los pájaros, pensando  
que el cielo aún se extiende  
detrás de su cristal.  
Y tu sombra, mi amor,  
es una gran ternura,  
que se esparce a través  
de las pequeñas cosas.  
Bajo la luz de luna  
que emite tu figura,  
lágrimas, en mi rostro,  
despiertan, luminosas.

¡Y, loco de ansiedad,  
en fiebre de delirio,  
aspiré a tu belleza,  
a fin de ser amado!  
Y te mostré mi alma,  
un triste y pobre lirio,  
al viento y por las manos  
del Otoño dañado...  
En este mundo, en donde  
un sueño misterioso  
se mece, y la saudade  
del sol, al sol, fluctúa,  
viste mi espectro errando  
bajo el brillar hermoso  
de tus ojos azules,  
más altos que la luna.  
Y quisiste escapar...  
Con ese gesto, así,  
de adiós y despedida,  
te quedaste en mi ser...  
¡en altar infinito  
hecho dentro de mí,  
donde mi pena es cirio  
que no deja de arder!

## Libro **Jesús y Pan**

[**Blancas nubes del cielo, oh pechos criadores**] (poema inicial, sin título)

Blancas nubes del cielo, oh pechos criadores,  
donde van a mamar los ramajes ansiosos  
la leche que alimenta los ríos y las flores,  
y que envuelve las piedras en musgos bondadosos.

Gotas de agua que caen en húmedo placer  
que refulge en un sueño inmenso de ventura;  
besada por la lluvia, yo siento amanecer,  
en labios de la tierra, el reír de la Verdura...

Es un sueño infinito el verde al renacer,  
un sentimiento ideal del alma de los montes,  
que sus perfiles púrpuras va haciendo florecer,  
como un lirio trocándose en vastos horizontes.

Después irrumpe el sol, ebrio de fortaleza,  
llenando, con su vino, las cosas de energía...  
¡El infinito abraza a la Naturaleza  
y en los roquedos suena la voz de la Armonía!

Se ruborizan peñas con un suave pudor,  
se ven rosas que lloran, y árboles que desmayan...  
La canción de la brisa es sonrisa de amor  
y un lácteo aroma tienen las olas que se explayan...

Y el Sol, procreador inmenso y sempiterno,  
pálido de placer, descansa sobre el mar...  
A los seres aquieta una impresión de invierno,  
los coloridos vivos se ven debilitar.

El paisaje medita callado... y se entristece...  
Se concentra en un sueño la ardiente claridad...  
Una melancolía las cosas entenece  
y en las almas la luna derrama la Piedad...

### **Tercera declaración, fragmentos<sup>1</sup>**

En cada piedra, en cada luz, en cada ramo  
hay un corazón que ama así como yo amo;  
¡hay un corazón vivo, un alma iluminada  
que para nuestros ojos es noche ilimitada!...  
¡Existe en una flor un alto sentimiento  
y hay lágrimas de duelo en los ojos del viento!  
¡Una alta aspiración altos montes creó,  
el agua de las fuentes por un amor brotó!...  
La esperanza encendió las estrellas piadosas  
y revistió de lirios planicies arenosas...

(...)

Lo lejos que yo estoy de las demás criaturas  
es causa de mis males y de mis amarguras.  
¡Siento que es mentirosa y es falsa mi existencia  
cuando me encuentro lejos de la Naturaleza!  
¡Necesito sentir el amor y el tormento  
que enciende al sol su luz y hace volar el viento!  
Por eso lucho siempre para alcanzar un día  
el perdón de la luna, del fuego la energía,  
la dulzura de un lirio, la clara suavidad  
que a un ramo verde liga toda la inmensidad;  
la justicia del sol y los montes ingentes,  
la armonía que viene del cantar de las fuentes...  
Nací para sufrir el dolor de las cosas  
y ser la oscuridad en noches silenciosas,  
¡para sentir lo vago y lo desdibujado  
del sol cuando, en las ondas, se queda reflejado! ...  
Para vivir la vida oculta e imperceptible  
de cada célula consciente e inextinguible...  
¡Para en la luz brillar y en fuego crepitar,  
y en humo, por el aire, extraviarme y volar!

---

<sup>1</sup> Teixeira de Pascoaes pone las palabras que constituyen este poema en boca de un viejo que vive en una montaña peñascosa. Pero el segundo fragmento de los dos traducidos se parece mucho a un fragmento de otro poema que, como todos los demás de esta antología, no pone en boca de nadie.

¡Para ser dulce savia en los tallos verdeantes  
y en una flor marchita rocíos centelleantes!  
Yo nací para ser la fuerza de Atracción,  
ser nieve y soledad, ser lluvia y conmoción,  
un ala, en pleno azul, palpitando de amor  
y el perfume sutil que emite cada flor...  
¡Nací para vivir igual que las montañas,  
para temblar en sus convulsiones extrañas,  
para sentir del viento el inmenso delirio,  
y la ternura que la luna ofrece a un lirio!  
Nací para abarcar espacios colosales,  
para llorar igual que hacen los manantiales,  
y en mis brazos tener el gesto de blandura,  
de infinita bondad e infinita dulzura,  
de aquella rama en flor que, enternecida, ampara  
el nido que, sobre ella, un ave edificara...

## Libro **Hacia la luz**

[**Me deleita sentir mi alma derramarse**] (poema inicial, sin título)

Me deleita sentir mi alma derramarse,  
como si fuera lluvia, por todo el Universo...  
Contemplar suavemente el mundo humanizarse  
y sentirlo vibrar dentro de cada verso.  
Notar en una rama el ansia de un abrazo,  
ver un beso en los labios de un roquedo vibrar...  
Ver un gran sentimiento alumbrar el espacio,  
ver los ojos de las arboledas llorar.  
Que la pasión del sol al producir el día  
llegue a mi corazón y lo haga estremecer.  
Y llegue a las estrellas la mística armonía  
que el dolor, yermo viento, resucita en mi ser...

Si un diluvio, oh Alma, inunda este Planeta,  
quiero que las raíces te invadan con amor;  
que se transforme en savia el sueño del poeta,  
y el Ideal cristalice en una eterna flor  
de Justicia y de Luz, de Amor y Compasión,  
que abrigue bajo sí la vasta Humanidad,  
los árboles, el mar, la inmensa Creación,  
¡lo que es lágrima y noche, angustia y soledad!...

## **A la aventura**

Cuando se ve la fría oscuridad llegar,  
como un sombrío mar que nos causa recelo,  
sobre una luz que, a veces, lo logra atravesar  
formando así unas islas, las estrellas del cielo,

es cuando yo, muy solo, ante ese enorme mar,  
en la roca del mundo en que él viene a morir,  
donde a veces se ve la luna rielar,  
con un llanto que hace a las almas sufrir,

sueño esta extraordinaria y trágica aventura  
de navegar por este mar de la oscuridad,  
¡para desembarcar donde brilla la pura  
savia que nutre el árbol que da la Claridad!

En la nave del Sueño, yo voy, cual marinero,  
sobre el mar de la noche. ¡Oh faro que, muy lejos,  
das la luz que entrever en la neblina espero,  
de la que el sol es solo uno de los reflejos!...

¡Cuándo, mirada mía que toda cosa indagas,  
has de ver ese mundo ideal que me seduce...  
cuándo he de atravesar por fin tus negras aguas,  
mar de la Noche, en que hay tempestades de luz!...

## Una tragedia

¡Qué multitud tan grande, allá, en aquella plaza!  
Por ella los carruajes no logran transitar...  
Con un presentimiento enorme de desgracia  
nervioso me acerqué, entonces, al lugar.

Sobre los adoquines se encontraba acostado,  
los ojos ya sin luz, con el cráneo partido,  
el pecho todo en sangre, un hombre desgraciado  
que desde un tercer piso había allí caído.

Y murmullos banales de tristeza y piedad  
flotaban sobre mí, como una sombra fútil.  
¡Y yo vi la irrisión y toda la crueldad,  
inconsciente tal vez, de aquel dolor inútil!

¡La oscura multitud lloraba aquella muerte,  
con el triste placer que producen los dramas,  
donde hay lagos de sangre y golpes de la suerte  
y mártires ardiendo entre las rojas llamas!

¿Por qué razón lloráis al flaco proletario  
que en un peligro enorme en su trabajo estaba,  
un Cristo que subió, al final, su calvario,  
y que, entre fariseos, colérico, expiraba,

cuando fuisteis vosotros los únicos autores,  
hermanos, de ese drama que tanto os conmovió?  
¡Una injuria salió de aquellos estertores  
y al oírla, vuestra alma inquieta se agitó!

Era aquella una injuria de lucha e indignación  
por la injusticia humana y contra la crueldad  
que, a un justo que merece amor y compasión,  
lo obligan a perder la vida por un pan...



Se dispersó la gente con un pesar sombrío  
y, con su negra sombra, la noche amortajó  
ese cadáver yerto, ensangrentado y frío  
¡que a hombres sin amor la Paz arrebató!...

## **El hombre y otros seres**

A veces, cuando salgo, de tarde, a pasear,  
las aves y reptiles y demás animales,  
todos, huyen de mí cuando me ven pasar,  
y temblores de susto agitan los zarzales...

Mi ser llena de miedo los valles no habitados...  
De pánico, al andar, inundo los caminos.  
Y siempre que me siento bajo algún arbolado,  
surgen escalofríos de terror en los nidos.

Y yo, que sueño y quiero la Piedad y el Amor,  
que al ver la Creación me siento conmovido,  
siento un disgusto grande y un profundo dolor,  
al ver, Naturaleza, que soy incomprendido

por todo cuanto amo enternecidamente,  
las nubes, el azul, las estrellas y el mar...  
¿Para qué la consciencia al pie de lo inconsciente?  
Donde solo hay tinieblas no hace falta mirar...

¡Vendrías junto a mí, oh piedra, si me oyeses,  
y lo mismo la luna y los altos espacios!  
¡Si lo que por ti siento, oh ave, presintieses,  
querrías, ciertamente, anidar en mis brazos!...

Yo tengo esta visión, aún desconsolado:  
el amor reinará en todas las criaturas,  
un lazo ligará el corazón humano  
al roquedo que sueña y al viento que murmura...

Pienso que voy subiendo la cuesta de una sierra  
y que brilla en los árboles la luz de la Piedad...  
Y que los animales del cielo y de la tierra  
proyectan sobre mí miradas de bondad...

## **Tinieblas** (fragmento final)

Del mismo beso ideal que une el cielo a la tierra,  
nacen el alma humana y el bosque de la sierra...  
Animan igual luz, igual sueño, igual ansia,  
los pinos y la niebla que flota en la Distancia...  
Dentro de cada piedra brilla la etérea llama  
que un frágil corazón de un santo amor inflama...  
¡Cuántas rocas encuentro, a veces, meditando!  
Veo en la piedra, casi, sus lágrimas brotando...  
Aprendió de vosotras el Buda, oh arboledas,  
y Jesús de los lirios que halló por las veredas.  
¡En mis ojos murmura vuestro agua, manantiales,  
y un magno sueño eleva los altos peñascales!  
Y un amor, al final, es todo el Firmamento  
reducido a un sutil y simple sentimiento...  
El besarse es el sol. Abrazar, la Atracción.  
¡Oh, sapo, eres estrella! ¡Oh, lodo, resplandor!  
Quien osa a un ser humano o alguna flor matar  
viste de negro luto las olas sobre el mar,  
la arena del desierto y los astros del cielo.  
Lágrimas donde Dios deja entrever su duelo...  
¡Por eso la Justicia, el Amor, la Piedad,  
por medio de su luz, tienen que cobijar  
cualquier alma que lllore, sea de hombre o de flor,  
por verse triste y sola en noche de dolor!...

## Ascensión

Golpeado por la lluvia, un roquedo agoniza;  
y fractura su rostro el látigo del viento.  
La nieve lo deshace. Luego el bosque enraíza  
y traspasa su cuerpo en busca de alimento.

Se estremece el coloso y, hecho ya arena fina,  
se esparce por los campos y sobre los otros...  
Y al contacto sutil del agua cristalina  
que, soñando, derrama los blancos aguaceros,

va a transformarse en una fértil tierra criadora.  
Y en ese humus el trigo –astros del cielo– crece  
¡en ese humus lloroso, en tanto que la aurora,  
como fulgor de Dios, en el cielo aparece!

Y dentro de la tierra, inflamada de amor,  
semillas aurorales, hambrientas, maman una  
leche que proporcionan los pechos de una flor  
y que tiene el perfume de la luz de la luna...

En su ansia de crecer, de amar y de sentir,  
besada por el sol, germina una simiente...  
De los montes azules comienzan a surgir  
los bosques que, de noche, conversan vagamente...

Troncos viejos, ramajes secos y deshojados,  
sagradas arboledas y bosques venerandos,  
sombras donde hay piedad y gestos apenados,  
que al respirar el viento oscilan, murmurando...

¡Grandes bosques rezando, serenos e impasibles,  
con una voz ideal, divina como aquella  
que dimana, brillando, de labios invisibles  
que los del horizonte hallan en una estrella!

¡Sois la realización de un sueño extraordinario,

del ansia enorme de una piedra que se impacienta,  
oh pinares del monte, oh bosque solitario,  
confidentes del sol que os deslumbra y calienta!

¡Secreto sempiterno y misterio profundo!  
La piedra se evapora en alma... ¡cerrazón  
convirtiéndose en luz! ¡un insensible mundo  
se estremece ante su primera sensación!

Silencio oscuro que despunta en armonía...  
¡Árbol, hijo del genio, el amor y el delirio!  
¡Alma que se revela y crece y se hace día,  
roca que se conmueve y vibra hasta ser lirio!...

Y el árbol vive y canta y sueña aún otra luz...  
Aspira aún a otro mundo, a humano corazón.  
¡Quiere ver en sus ramas el gesto de Jesús,  
quiere cambiar su savia por sangre de Platón!

He ahí una lágrima, un hombre misterioso;  
la bondad, la justicia, un santo amor bendito...  
¡Un perdido mirar, en el cielo brumoso,  
he ahí la sed de luz, el hambre de infinito!...

Y bajo la Injusticia, marcha la Humanidad,  
padeciendo y sangrando, en pos de una quimera.  
Camina transformando su noche en claridad  
y su plomizo invierno en virgen primavera.

Va soñando otro mundo, etéreo, espiritual...  
Se va elevando para la vida superior.  
Su destino es la Luz, su meta lo Ideal,  
Y su figura irradia un brillo de dolor...

Ella alcanza, por su alma, corazones divinos,  
por su carne ella toca los fieros animales...  
¡Por eso un hombre liga los cielos diamantinos  
a negra podredumbre y sucios lodazales!

Por eso es él la gran escalera de Jacob  
por que la tierra bruta ha de subir al cielo.  
¡Gran vuelo de las cosas, ascensión hacia Dios,  
piedra hecha alma que cumple, al lado de Él, su anhelo!

## Los condenados

¡Ojos de fiebre, ardiendo, cabellos desgreñados,  
atraviesan la vida los grandes condenados!  
¡En su faz llevan estos la luz de la bondad,  
aquellos la altivez, o la blanda humildad,  
otros el desespero, la santa indignación!  
¡Todos caminan solos; cruzan, en su pasión,  
el desierto infinito donde llora el dolor  
y donde, cierta noche, cayó muerto el Amor!  
¡He ahí los vencidos, hambrientos o malditos,  
llenos de aspiraciones y sueños infinitos!  
¡Caminan arrastrando su grande y negra cruz,  
abriendo en las tinieblas un camino de luz!  
¡Sus manos demacradas, sangrientas y llagadas,  
lanzan sobre las tierras malas y despobladas  
las semillas del Bien, que llevan dentro de ellas  
los campos que producen la mies de las estrellas!

El rostro de Caín por entre ellos avisto,  
y más lejos, la sombra demacrada de Cristo.  
Sócrates le sonrío al vaso de veneno...  
¡Qué claridad irradia, va a la muerte sereno!  
Buda analiza el sol y los turbados mármoles  
que escuchan palpar la savia de los árboles.  
¡En su mirada brilla la pena incomprensible  
de cuanto nos parece muerto y está con vida!...  
Tiene gestos de amor por las nubes del cielo...  
¡Y veo, más allá, al grande Prometeo  
y al águila moliendo, sin duelo, sus entrañas!  
¡Va Espartaco febril, y cóleras extrañas  
proyectan una luz de incendios en su rostro!...  
Virgilio es una luna quimérica de agosto...  
La estrella del pastor, cual lágrima, escintila  
a lo lejos en su poética pupila...  
Sombras de anochecer, voces de la arboleda,  
balidos de ovejita sobre alguna roqueda,  
sonidos melancólicos de una flauta armoniosa,

todo esto forma parte de su alma misteriosa  
que sueña la Edad de Oro... Y en el mirar de Dante  
hay llamas infernales, de donde una brillante  
luz sube, como un sueño, a un cielo de quimera,  
en donde Beatriz, al pie de Dios, lo espera...  
Perder el Paraíso hace a Milton llorar...  
Vacila Shakespeare entre sonreír y sollozar,  
víctima de un ataque auroral de locura.  
Julieta es luz de luna, Hamlet es noche oscura...  
Veo también a Byron: Aventura y Amor.  
¡Temporal taciturno que se despierta en flor!  
Le dan un aire ignoto, eterno, inaccesible,  
la sombra de la vida y la de lo Invisible,  
la distancia a que están las estrellas divinas  
y la pena que emana de las clásicas ruinas...

Y tras ellos se ve un tropel avanzar...  
¡Gentío inacabable que el suelo hace temblar!  
Héroes desconocidos, mártires ignorados,  
los vencidos, desnudos, tristes, desheredados...  
¡Todos llevan antorchas que no dejan de arder,  
y recuerdan a un magno y santo amanecer!  
¡Todos exhiben una estrella anunciadora,  
todos vierten sonriendo su sangre redentora!  
Todos llevan al hombro el machado fatal  
que ha de tirar por tierra la floresta del Mal...  
Todos llevan también la palanca sagrada  
que alzará de la tierra esa Babel soñada  
por donde el mundo bruto subirá al cielo un día ...

Y la gran multitud su camino seguía.



## **El Bien y el Mal**

Cuántas veces, Señor, este mundo aparenta  
un absurdo tremendo, en que se transparenta  
una lívida luz de trágica locura...  
La risa de Satán vierte la noche oscura.  
Sobre la tierra fría, amortecida y calma  
flota, como la niebla, un crepúsculo de alma...  
Temblores de agonía abren valles profundos...  
¡y nuestro mundo llora el dolor de los mundos!  
¡Se ven, por todas partes, mortandades horribles  
de seres que padecen, callados e invisibles!...  
Catástrofes sin fin, horrores y crueldades...  
¡El aire que da vida forma las tempestades!  
El agua que mitiga la sed de los viandantes  
sepulta bajo ella las islas verdeantes  
y las naves que van sobre la mar, al viento...  
¡El fuego que prepara el pan, nuestro alimento,  
el sacro fuego que arde en un bendito marco  
es el que te quemó tu cuerpo, Juana de Arco!  
¡Y el hierro que recorre, oh dolor, nuestras venas  
es como el que asegura, muy fuerte, las cadenas,  
y el que prende, aún hoy, al grande Prometeo  
a un monte, ante la risa irónica del cielo!...  
¡El mundo, al mismo tiempo, haciendo el bien y el mal!  
¡Naturaleza loca y Dios irracional!  
El mal y el bien combaten en una eterna guerra.  
¡Como el aire, el dolor cubre toda la tierra!...  
Los fieros animales devoran corderillos...  
¡Destruye el viento, riendo, centenares de nidos!  
¡Un diluvio de fuego arrasa una ciudad  
y una vil ambición causa una mortandad!  
La tierra viste luto; la luz del sol exangüe,  
porque el mundo besó, tiene en los labios sangre...  
¿Cuál es, pues, tu destino, yerma Naturaleza?  
Risa loca que dora el rostro a la tristeza...  
¡Cuáles son tu principio y tu fin, Creación!  
¿Sufrimiento y dolor, la muerte y la pasión?

¿Es el Mal la sustancia, tal vez, del Universo?  
¿Satán, en cada ser, existirá, disperso?...  
¿Cómo se explica, entonces, la vida de Jesús,  
y el vuelo de las almas que van hacia la Luz?  
¿Por qué Sócrates vio, en su muerte, otra vida?  
¿Quién le habló acerca de ella? ¿Qué voz desconocida?  
¿Por qué razones Buda su trono abandonó?  
¿Por qué su cetro de oro, con desprecio, apartó  
y se echó a caminar, humilde, pobre y triste,  
a explicar la Verdad a todo cuanto existe?  
¿Inconscientes serán, o estarán trastornados  
los grandes Cristos cuando sueñan, crucificados?  
María, ¿tu dolor es hijo de un delirio?  
¿Por qué existe el placer amargo del martirio?...  
¿Dónde nace esta fuerza oculta, misteriosa,  
esta creencia y fe profunda y religiosa  
que nos lleva a morir sin sentir pena alguna?...  
¿Por qué existen la Gracia y la luz de la luna  
que da un aspecto de alma a cosas materiales  
y una expresión de genio les da a los animales?...  
Justicia, ¿eres ficción? ¿Y tú, Amor, falsedad?  
Jesús, ¿eres mentira? Nerón, ¿eres verdad?  
¿Representáis acaso el mismo sentimiento  
ante el azul y el mar, las estrellas y el viento?  
¿La vida universal no os diferenciará?  
¿Con la misma desgana, la tierra guardará  
todas vuestras cenizas? ¿Las hambrientas raíces,  
hinchidas de lujuria, espléndidas, felices,  
esos dos cuerpos flacos antaño devoraron  
y entre ellos ni siquiera un momento dudaron?  
¡Oh trágico misterio! ¡Grandiosa noche oscura!  
¿De una voz que blasfema y de una voz que es pura,  
sermón de la montaña y canción de Nerón,  
de palabras de amor o desesperación,  
del sollozo de pena que sofocó a María,  
de brillante sonrisa egoísta de alegría,  
de tenebrosa voz que aplasta y que condena,  
de esa voz de perdón que aureoló a Magdalena,

del murmullo del mundo, grande, asustador,  
llegará simplemente un pálido clamor,  
una misma armonía borrosa y apagada  
al alma Creadora, remota e ilimitada,  
formando así un rumor, a lo lejos, igual,  
la voz de la Piedad y el insulto del Mal?...

Tal vez para la paz ignota de este mundo  
concurran igualmente las noches y los días...  
¡El hambre y la zozobra, el bien y el vicio inmundado,  
mentiras y verdad, tristeza y alegría!...  
Lágrimas de placer, lágrimas de dolor,  
¿seréis todas, quizás, la misma niebla densa,  
bajo la luz del mismo ardiente eterno amor  
que entre ellas no percibe la menor diferencia?  
¿Se hará la Perfección con partes imperfectas?  
¿Se fundó el Universo con tinieblas infectas?  
¿Vendrá de lucha extraña que al terminar formó  
el brillo de lo eterno y el resplandor de Dios?

¿Es quizá este Universo una noche de horror  
que tiene en el regazo la aurora de un amor?  
¿Es un invierno que va a hacerse primavera?  
¿Se ha de hacer realidad lo que hoy solo es quimera?  
¿Sueños, aspiraciones, lúcidas inquietudes,  
que deslumbran la vacía vista a las multitudes,  
cuando oyen predicar, con gesto extraordinario,  
a los que hacen la ruta amarga del Calvario,  
serán el alba de una distinta Humanidad,  
la aurora excepcional que traiga la Verdad?  
¿Tal vez es la blasfemia del mal contra la vida  
cual grito de la noche, al verse sorprendida  
por la eterna mañana, anunciadora, extraña,  
que de pronto aparece detrás de una montaña?  
Estrellas, reveladme el fin de la Creación...  
Que vuestra luz separe realidad de ilusión.  
Entre tristes canciones de noche y de mentira,  
¡mostradme el canto ideal de la auténtica Lira!

Que la perenne luz se haga dentro de mí.  
¡Que viva yo en el Todo, en donde no haya fin!  
Que el fantasma de amor que anda siempre a mi lado  
se transforme en un ser perfecto e inmaculado.  
Que deje de ser sombra y se convierta en luz...  
¡Que sea árbol en flor y no sombría cruz!...  
¡Que la neblina espesa y triste del misterio  
se disipe y nos deje mirar el sol etéreo  
de la Verdad y Amor rayando sobre el mundo,  
dorando todo, desde el sapo más inmundo  
al alma más perfecta y al más duro canchal,  
de manera que el polvo, el lodo, el robledal,  
la criatura humana y las fieras salvajes,  
el vasto mar antiguo y los vivos paisajes,  
se estremezcan de amor y vibren de alegría,  
y sean la suprema y eterna melodía!...

## Libro **Vida etérea**

### **Nueva luz** (parte III)

Una nueva esperanza ilumina las cosas  
y surgen por doquier imágenes gozosas.

Sube, del mar salado, un canto de neblinas.  
En una piedra dura hay lágrimas divinas;

en los pinos, al viento, hay gestos de piedad.  
El céfiro olvidó la antigua tempestad

y el rocío que, alegre, le sonrío a la aurora,  
¡ya no recuerda más que fue diluvio, otrora!

Dorada conmoción las aguas entornece...  
De tan impresionada, la noche resplandece.

El aire es transparencia azul que se respira.  
Un nuevo Mayo hace la tierra florecer.  
Ola de vida nueva aflora, en cada ser,  
y un nuevo Apolo tañe la renovada lira .

## Elegía al amor

I

¿Recuerdas, amor mío,  
las tardes otoñales,  
cuando íbamos los dos,  
solos, a pasear  
por fuera de la aldea  
alegre y los casales,  
por donde solo Dios  
nos pudiese escuchar?  
Llevabas, en la mano,  
un lirio enamorado,  
y me dabas el brazo.  
Yo, triste, meditaba  
sobre Dios y la vida,  
sobre ti... El sol dorado  
moría, conociendo  
la noche que dejaba.  
Armonías astrales  
besaban tus oídos;  
un crepúsculo tierno  
y dulce diluía  
en la sombra, tu forma  
y los montes heridos....  
Por el Azul vagaban  
cantos del fin del día.  
Cantos que, de muy lejos,  
el viento vagabundo  
traía en la memoria...  
Igual que quien partió  
en una frágil nave  
y anduvo por el mundo  
trae, en su ser, la imagen  
de aquello que observó.  
Mirabas hacia mí,  
a veces, distraída,

como quien mira el mar  
desde un acantilado...  
Yo quedaba soñando  
cual niebla adormecida,  
igual que cuando el viento  
duerme en el arbolado.  
Mirabas hacia mí...  
Mi cuerpo bruto y tosco  
vibraba, como la ola  
hecha espuma al saltar.  
Mirabas descuidada  
y triste... ¡Aún hoy oigo  
la música ideal  
de tu primer mirar!  
¡Escucho bien tu voz,  
veo bien tu figura,  
en silencio sin fin  
y oscuridad completa!  
¡Te escucho en mi dolor,  
te escucho en mi amargura,  
te escucho en mi esperanza  
eterna de poeta!  
El sol moría, lejos;  
un rastro de tristeza  
velaba, con amor,  
nuestras dolientes frentes.  
Hora en la que medita  
la flor, la piedra reza,  
y desmayan de pena  
las cristalinas fuentes.  
Hora santa y perfecta,  
en que íbamos, paseando,  
felices, por la aldea  
en silencio y en calma,  
solos, por los caminos,  
de la mano, soñando...  
Y todo, alrededor  
tenía aspecto de alma.

Todo era sentimiento,  
amor y compasión.  
La hoja desprendida  
era alma que ascendía...  
La tierra era saudade,  
la piedra conmoción,  
y el polvo que pisábamos  
era melancolía.  
Hablabas de una estrella  
y de este bosque en flor;  
de los ciegos sin pan,  
de los pobres sin manto.  
Había en tus palabras  
un etéreo dolor  
¡y por eso tu voz  
me impresionaba tanto!  
Y empezaba a temer  
que eras tan buena y pura  
que muy en breve –¡sí!–  
te llamaría el cielo.  
Y sollozaba, al verte  
alguna sombra oscura  
en la piel, que la luna  
cubría, como un velo.  
¡Tu palidez, entonces,  
qué miedo me causaba!  
Tan leve y delicado  
tu cuerpo parecía  
que yo temblaba, oyendo  
el viento que pasaba.  
La nieve de tu rostro  
sobre mi alma caía.  
¡Qué triste y qué callado  
quedaba yo, en la tierra!  
Y una vez, cuando estaba  
la noche descendiendo,  
asustada, gritaste  
mirando hacia la sierra:



«¡Qué incendio!» Yo te dije:  
«Es la luna», riendo...  
También tú sonreíste  
al entender tu error.  
La luna alzó su frente  
sobre los robledales,  
tan igual a la tuya,  
tan ebria de esplendor  
que, sin querer, besé  
sus rayos virginales.  
La luna, con sus brazos  
tendidos, nos unió  
en un abrazo tierno,  
espiritual, profundo;  
y unidos, hasta el cielo  
con ella nos llevó.  
Pero, ¡ay!, tú no volviste,  
y yo regresé al mundo.

## II

Un rayo de la luna  
que me sorprende entrando  
en mi cuarto sombrío  
donde medito, solo,  
me deja una sonrisa  
en el aire, temblando,  
un murmullo de luz  
que recuerda tu voz...  
El otoño, que vierte  
ideal melancolía  
en almas sin amor  
y en troncos sin follaje,  
deja, vibrando, en mí,  
saudosa melodía,  
dolorida canción  
que recuerda tu imagen.  
La noche, que oscurece  
los collados y oteros,

y que enciende, en un bosque,  
la voz del ruiseñor  
y la estrella que ampara  
y guía a los cabreros,  
la lágrima del cielo  
al ver morir el sol,  
en mi pecho despierta  
un enorme dolor  
que me trae a la mente  
la luz de tu mirar...  
Todo me habla de ti,  
oh mi lejano amor:  
los árboles, la niebla,  
los pájaros y el mar.  
Si paso junto a un lirio,  
a veces, distraído,  
me llama y me recuerda:  
«¡Eh, no te olvides de ella!»  
Lo mismo hace, llorando,  
el viento dolorido,  
y la fuente, cantando,  
y, brillando, la estrella.  
En toda luz contemplo  
tus ojos relucir.  
¡Cómo adivino, en todo,  
el alma que perdí!  
Ante una flor, tu nombre  
nunca dejo de oír.  
¡No puedo ver el cielo  
sin recordarte! Así,  
amo lo pobre o triste  
y la Naturaleza,  
madre de pena humana,  
de la de Dios desciende.  
Mi corazón, al lado  
de un hombre pobre reza;  
canta, al lado de un nido;  
junto a la estrella splende.

Mi gran amor por ti,  
mi bien, saudade mía,  
se prolongó hasta Dios,  
los astros alcanzó.  
Beso rocas y flores,  
noches y luz del día.  
Son estos, sobre el mundo,  
los besos que te doy.  
Has de sentirlos, sí,  
dulce mujer de otrora.  
¡Oh blanca nube actual,  
lirio cárdeno de hoy!  
Como antaño tu rostro,  
la rosa aún colora.  
Te beso, sí, si beso  
la rosa virginal.  
Tu espectro se pasea  
por los amplios espacios.  
Tu amor, mudado en luz,  
baja del firmamento.  
Si abrazo un verde tronco  
yo siento, entre mis brazos,  
tu cuerpo estremecerse,  
como una flor al viento.  
Solloza tu dolor  
en la pena infinita  
que, en humo vespertino,  
lejos, veo ascender...  
Tu voz querida flota  
sobre el mar que se agita  
y el murmullo que emiten  
las flores al nacer.  
Si remoja mis labios  
el agua de una fuente,  
quemán mi corazón  
tus lágrimas saladas.  
Si parece que el viento  
acaricia mi frente,

bien siento la caricia  
de tus manos sagradas.  
Si la luna, en otoño,  
envuelta en luz funérea,  
va a reflejarse, muerta,  
al mar de lo Infinito,  
dora mi frío rostro  
la palidez etérea  
que antaño provenía  
de tu perfil bendito.  
Si, en mañanas de abril,  
despierto, de repente,  
y veo el sol entrar  
en mi cuarto, sonriendo,  
creo ver ante mí  
tu cuerpo resplendente,  
tu cabello de luz,  
tu gesto suave y lindo.  
En la Naturaleza  
toda te puedo hallar,  
porque comprendo el bosque,  
la niebla, el sol dorado,  
la estrella en el Azul,  
la leña en el hogar,  
y el lirio que a una cruz  
el otoño ha clavado.  
Me hablas de la bondad,  
de Dios, del sufrimiento...  
Entre los ciegos, mi alma,  
distribuyes mi pan...  
Y entre los despoblados  
estos mis pobres versos,  
cual pobres que, rezando,  
por los caminos van.  
Eres mi compasión,  
eres mi caridad,  
¡pues me conmueve todo!  
El céfiro más leve

origina, en mi pecho,  
inmensa claridad;  
y el blanco de los lirios  
llena mi ser de nieve.  
Quedo considerando  
la loca voz del viento,  
la serena y extraña  
actitud de una sierra;  
el delirio del mar,  
la voz del Firmamento,  
y la nube, que extiende  
alas sobre la tierra.  
Como olvidando todo,  
yo me quedo abstraído  
ante la virgen flor  
y el sol enamorado...  
ante el claro de luna  
que nace, dolorido,  
dándole a todo un aire  
tan triste y macerado.  
Yo me quedo abstraído...  
Un vago, etéreo lazo  
me ata a tu corazón  
libre y extraordinario,  
que abarca el mundo entero  
y satura el espacio,  
y que vendrá a poblar  
mi mundo solitario.  
Por eso vivo siempre  
en dulce compañía,  
con el pobre que pide  
y el astro que fulgura;  
y, de este modo, mi alma,  
como la luz del día,  
se derrama en el cielo  
en olas de ternura.  
¡Soy como lluvia o viento,  
o sombra de una cruz!

Lira que la más suave  
brisita hace vibrar...  
Agua que, con la luna,  
en nubes se traduce;  
fruto nutrido con  
luz de un claro mirar...  
Piedra que un beso funde  
y místico vapor  
que un aliento condensa  
en gota de agua pura...  
soy aroma que un ay  
encarna en triste flor;  
risa que vuelve llanto  
la menor amargura.  
Mi vida es infinita,  
eterna, esplendorosa.  
Soy neblina, soy ave,  
estrella, Azul sin fin,  
tan solo porque, un día,  
tú, mujer misteriosa,  
por azar, dirigiste  
tu mirada hacia mí.

## **La fuente**

Por entre piedras, donde el musgo crece,  
una fuente suspira y casi desfallece.  
¡Va tan flaquita! Por así decir,  
es solo un hilo de agua queriendo proseguir,  
abriendo bien sus ojos de tristeza,  
como los que en el cielo puso Santa Teresa...  
Y, moribunda ya, en la arena inclina  
el rostro, que trasluce una expresión divina...

## **Eternidad**

Yo que soy frágil, vano y temporal,  
que proyecto en el mundo la sombra de una cruz,  
que soy la desventura, la sombra, lo mortal,  
siento brillar, en mí, la eterna luz.

Yo que soy la miseria,  
la lágrima que cae desolada,  
¡conozco bien que existe una ansiedad etérea  
que al arder en mi noche la deja iluminada!

Yo que soy frío miedo y trágico pavor,  
barro amasado en agua de tristeza,  
que soy alma, que es madre del dolor,  
en mis labios escucho la voz que canta y reza.

Mi frágil ser, que se traduce en grito,  
mi cuerpo que se apaga, en un momento,  
¡presiente, más allá del infinito,  
ideal deslumbramiento!

Yo que soy la aridez, la lívida sequía,  
invierno que, llorando, desespera,  
¡veo que nace y crece, allá en la lejanía,  
divina primavera!

Yo que soy polvareda miserable  
que alza el viento en la Vía Dolorosa,  
la loca angustia a nada semejable,  
¡veo nacer en mi la esperanza radiosa!

Yo que soy el postrero y pálido gemido,  
el sangriento sudor helado de agonía,  
veo mi corazón, liberto y redimido,  
con luz de un nuevo día...



## Libro **Las sombras**

### **La sombra del pasado** (fragmentos)

¡Árboles,  
yo soy como vosotros! ¡Al soñar  
me introduzco en la Noche, a ver si encuentro  
un riachuelo de luz, donde matar  
esta sed infinita en que me abraso!  
Vosotros rebuscáis, con las raíces,  
debajo de los campos, agua virgen...  
y la tierra se rinde a vuestros besos  
y os muestra, sin temor, su antiguo origen,  
la sombra madre que la concibió  
y se infiltra en los troncos y el ramaje...  
y que líquida y triste de ellos cae,  
como lluvia espectral, sobre el paisaje.

Tenéis, ¡ay!, hambre y sed. Así también  
yo tengo sed de luz. Vuestro perfume,  
aunque leve y sutil, inunda el cielo:  
así mi corazón, que se dispersa  
en perfume de amor; así mis ojos  
se dilatan en lágrima auroral,  
en lágrima que invade la Creación,  
¡como, antaño, el Diluvio Universal!  
De manera que la Naturaleza  
refleja en lo infinito mi dolor,  
mi alegría y mi pálida tristeza.  
Y Dios sabe, por tanto, que yo existo;  
que, en mi Parnaso, tengo yo mi cruz...

(...)

Veo otra vez la tierra en que nací;  
¡sagrada y tosca tierra primitiva,  
buena tierra fecunda, que bien siento  
que conforma mi ser, mi carne viva!

Y cubre, como el barro de una estatua,  
mis huesos, que están hechos de saudades...  
¡y, si en los campos se revela en flores,  
en mí se altera en locas ansiedades!  
Buena tierra sensible que, al ocaso,  
como yo, se entristece... y queda oyendo  
las voces de la noche, y cuando escucha  
un sollozo de fuente, es lirio abriendo.

(...)

Y contemplo a mi abuela atareada  
desde que nace el día; y, por la tarde,  
ante una cruz de Cristo, arrodillada,  
rezando por nosotros... Y la veo  
junto a la fuente, en la terraza chica,  
junto al fuego, a la mesa, o bien hilando  
con la rueca en la antigua mecedora,  
con sus ojos de Santa sobre mí...  
La veo en alma eterna, como antaño  
la vi en precario cuerpo. Aún hoy escucho  
su voz de luna y de oración... y veo  
sus manos arrugadas, como un fruto,  
desde hace tiempo ya, bueno y maduro  
para la santa mesa del Señor...  
¡Con un aire de gracia y beatitud  
ya fuera de este mundo y de este amor!

¡Aire divino! ¡Gracia redentora!  
¡Luz que todo doraba! ¡Aire de gracia,  
cada vez más perfecto y más aurora,  
conforme penetrabas en la noche!

Aún te veo, violeta como un lirio,  
en las tablas del féretro, acostada...  
y en tu rostro, tu risa, que era luz  
de oración y de espíritu, flotaba...  
¿Ay, si pudiese traducir en verso

esa risa, esa luz, esa armonía?

¿Ay, si pudiese condensar en mármol

esa onda misteriosa que afluía

a tus labios, y en risa se irradiaba?

¿Si en éxtasis de piedra perdurase?

¿Y en animada forma sempiterna

de sempiterna estatua, se quedase?

(...)

Heme otra vez aquí, aquí en mi aldea,

que, estando en su regazo, me cantó,

para que me durmiese, altas canciones,

que el tiempo transcurrido no borró ...

Eran voces de luz y cantos de ave,

suaves murmullos de agua y de follaje

y rumores lejanos que cubrían

de sonidos brumosos el Paisaje....

## **Canción de una sombra**

Ah, sin esta neblina en la mañana,  
sin la vieja ventana adonde voy  
para escuchar las voces de las cosas,  
no sería quien soy.

Si no fuese esta fuente que lloraba  
y, como yo, cantaba, y se secó...  
y este sol, que comulgo de rodillas,  
no sería quien soy.

Sin esta luz de luna, que convoca  
espectros a la vida, y se infiltró,  
como fluido mágico, en mi entraña,  
no sería quien soy.

Si el astro de la tarde no brillase;  
y si no fuese el viento, que meció  
en sus brazos, las nubes y mi ser,  
no sería quien soy.

Si no fuese la noche misteriosa  
que mis ojos de sombras inundó,  
y de voces sombrías mis oídos,  
no sería quien soy.

Sin estas tierras hondas y hondo río  
que yergue alas y sube, en claro vuelo;  
sin estos yermos montes y arboledas,  
no sería quien soy.

## **Mis ojos y una piedra**

¿Por qué razón, mis ojos, de repente,  
quedasteis conmovidos al mirar  
una piedra cualquiera, si la gente  
en ella era incapaz de reparar?

Es una piedra helada e inconsciente  
que nada ve; pero vuestro mirar  
la cubre de ternura, y ella siente  
como un calor de vida al despuntar...

Y una oculta mirada misteriosa  
se revela en la piedra que, medrosa,  
avista una indecisa niebla fría...

¡Seguramente así la luz del cielo,  
la que viene del Sol, alzó del suelo,  
lo quiso Dios, al Ser primero, un día!

## **Una gota de lluvia**

Una gota de lluvia, que traspasa  
el tejado y el techo, veo llegar  
hasta mi habitación, por donde pasa  
el silencio... y me pongo a contemplar

la lluvia, triste y fría, en la ventana  
y el candil que el viento hace desmayar,  
viento que abre las puertas de la casa  
¡y aviva la ceniza de mi hogar!

Y qué impresión me causa esa aflicción,  
dolor que el agua exhala con su son,  
después de andar en nube fugitiva...

Y, de repente, sin saber por qué,  
condenada a caer, así se ve,  
en forma de una lágrima cautiva.

## Un ave y el poeta

En la rama de un pino, aureolado  
de inerte y vegetal melancolía,  
un pajarillo alegre, alborozado,  
cantó, cantó durante todo el día...

Lo estuve oyendo, mudo y extasiado...  
y, finalmente, dije: ¿qué alegría  
se encarnó en ti, oh cuerpo acostumbrado  
a la cruz de tus alas de agonía?

¿Qué observaste en el cielo, en lo profundo?  
¿Qué milagro ocurrió sobre este mundo?  
Algo grande sin duda adivinaste...

¿O te contó la aurora su misterio?  
¿y divina canción de amor etéreo,  
hacia la luz, sombra de Dios, alzaste?

Y el avecilla, plácida y confiada,  
con un mirar muy tierno me envolvió  
y con su dulce voz iluminada  
y tan llena de gracia, respondió:

—Mi canto es luz del sol en mí filtrada;  
el cielo canta cuando canto yo.  
Y las voces de la noche cerrada  
son penumbra que en ellas se embebió.

¡Sueño la gran y mística alegría!  
¡Yo quiero ser la voz de la armonía,  
que toda tierra y todo espacio inflama!

Quiero ser infinita Eternidad;  
no ser estrella y ser la claridad;  
ser solamente Amor, no ser quien ama.

## **S. Francisco de Asís**

San Francisco de Asís hablaba otrora  
a animales y flores, triste y solo;  
¡si todo cuanto vive, sufre y llora,  
es la misma alma eterna, el mismo polvo!

Por eso, pena y lástima sintió  
por cuanto, con su luz, el alba dora;  
del pozo de Jacob, el no bebió  
aquella agua de vida redentora.

¡Oh, lobos, mis hermanos! ¡Hierbecillas!  
¡Hermanas piedras! ¡Fuentes pobrecillas!  
¡Hermanos vientos, siempre en loca guerra!

¡Cuánto yo os amo en Dios! ¡Todo me muestra  
que esta tierra, que beso, es madre nuestra  
y la sombra de Dios anda en la Tierra!



## Libro **Elegías**

### **Remordimientos**

Donde contigo un día me enfadé  
es hoy un sitio oscuro que aborrezco;  
y si por allí paso desfallezco.  
¡Fue aquello un crimen, sí, que perpetré!

¡Cuántas negras torturas yo padezco  
por el pequeño mal que te causé!  
¿Si, al menos, presintiese lo que hoy sé?  
Pero fui malo y bruto; ¡lo confieso!

Y por eso es mayor mi sufrimiento  
por tu muerte, más llanto doy al viento,  
más tinieblas me rondan la cabeza...

¡Aquellos que tengáis mucho cariño  
a vuestro padre o madre, a un lindo niño,  
no le causéis ni sombra de tristeza!

## **Mi alegría**

Se fue contigo mi felicidad.  
Se acostó junto a ti, en tu sepultura,  
a fin de disipar la oscuridad  
y de reblandecer la tierra dura.

Por eso es un consuelo, en realidad,  
este negro dolor, que me tortura.  
Y me pongo a cantar, en soledad,  
mi canto modelado en noche oscura.

Me gusta conocer que mi alegría,  
lejos de mí, se encuentra en esa fría  
fosa a la que bajaste, tras tu muerte.

Antes tú me la diste a mí, mi amor.  
Ahora te la doy; esa es mi flor.  
Quiero que ella sufra tu misma suerte.

## **Dos sombras**

En las tardes divinas,  
en que el color se vuelve llanto dorado, es cuando  
yo contemplo dos sombras pequeñas,  
cogidas de la mano, en el jardín, paseando.  
Como niños que son en realidad,  
atraviesan, jugando,  
estos lugares de mi soledad...  
y extático y suspenso, me quedo meditando...  
y me aproximo a ellas; me paro; tengo miedo  
de verlas escapar...  
Sus cuerpos de quimera y de secreto  
veo ante mí temblar.

¡Ah, cómo se parecen!  
Tienen igual mirada, igual rostro y altura.  
Y, junto a ellas, las cosas se enternecen,  
y este mi corazón abierto en sepultura.

¡Cuando tú estabas vivo aún, mi amor,  
al verte, imaginaba  
estar viendo otra vez mi infancia en flor!  
Incluso más: pensaba  
que eras mi propia infancia, nuevamente,  
por milagro de Dios resucitada,  
y jugabas conmigo, alegremente,  
en la campiña nuestra idolatrada...  
en esta vieja casa evocadora,  
edificada en sombras, en otoño.  
La blanquea la luna, en noches de abandono,  
y por dentro la alumbra la clara luz de otrora.

Y por eso, el día que moriste,  
cuando todo era lágrima, a distancia,  
¡dos muertes padeciste,  
oh, mi infancia!

## Libro **Cantos indecisos**

### **VIII**

Oh, mi triste jardín, abandonado,  
donde las hojas secas se enmohecen  
y un pajarillo canta mi pasado.  
Hierbas, ortigas, verdes musgos crecen,  
en sendas que las sombras humedecen.  
Tan solo, en un rincón menospreciado,  
hay una flor, los pétalos abriendo,  
que, frente a mí, parece estar sonriendo...

## XX

Oh, solitario pino desolado,  
¿qué es lo que sientes? Di. ¿Qué soledad?  
Ya que la Juventud te ha abandonado,  
¡eterna debe ser nuestra amistad!  
¡Oh, moribundo! ¡Oh, yermo! ¡Oh, fulminado!  
¡Nos trastorna la misma tempestad!  
Que tú fueses mi féretro querría,  
y en él, al fin, durmiese yo algún día.

## **XXIII**

¿Para qué fue, Señor, que al mundo vine,  
si nací para amar únicamente  
la más reseca flor de mi jardín  
y el baile de las sombras, al poniente?  
Oh nube, que eres ángel para mí,  
para los otros, nube, simplemente...  
Y vivo, en esa nube, deslumbrado,  
lejos, como escondido en el Pasado...

## **XXXVI**

Paisajes, cielos, luna, nubes, estrellas, lagos,  
para quienes no aman, es todo una quimera.  
Solo quien ama alcanza esos espacios vagos,  
donde sentimos germinar la Primavera...

## **XXXVIII**

¿Quién te encendió, estrella solitaria  
que exhalas, en la sombra, esta luz que es mi vida?  
¿Alcanzarás, de nuevo, la fuente originaria?  
¿O, en una eterna noche, divagarás, perdida?



## **XCVI**

La luna nace. Lejos, se yergue, altiva y triste  
de tristeza que más allá del llanto existe,  
la montaña que la ha visto surgir.

Bajo la luna, que hace a los muertos vivir,  
pasa por junto a mí un viejo labrador,  
curvado con la azada que le pesa...

Hay disfraces así del eterno dolor,  
vestido de vejez y de pobreza.